

CATALUÑA TRAS LA SENTENCIA

Octubre 2019

Las condenas a entre 9 y 13 años de prisión a los principales líderes del “procés” han recibido el esperado rechazo de los independentistas catalanes y puesto en marcha, otra vez, la acostumbrada campaña en contra de la democracia española, de la imparcialidad de nuestra justicia y del funcionamiento del estado de derecho. Era de esperar, desde luego, porque **toda su estrategia va dirigida simplemente a la deslegitimación** y a la búsqueda del enfrentamiento como vía bien para doblegar al gobierno de España para conseguir el referéndum (ilegal) de autodeterminación o bien para provocar los suficientes problemas de orden público en los que pueda basarse un nada previsible cambio de actitud internacional sobre el conflicto.

Las dos cuestiones que, en mi opinión, resultan más preocupantes de las respuestas son las emitidas por los dirigentes de Cataluña en Común, Jaume Assens y Ada Colau, y la del líder de Esquerra Republicana, el principal condenado Oriol Junqueras. La de los primeros, **alineándose, como siempre en los momentos más importantes, con los independentistas** en el rechazo y sin asumir ni uno solo de los fundamentos de derecho ni de los hechos probados de la sentencia ni atender al rechazo en la misma de la rebelión, no llegar al máximo de las penas posibles e incluso no atender a la petición de la fiscalía de bloquear temporalmente las sentencias, dejando en manos de la autoridad penitenciaria (es decir, de la Generalitat) la situación futura de los condenados (estas opiniones no son críticas a la sentencia, que, por otro, entiendo, benévola y prudente, pero de poco servirá esa ponderación a quiénes solo están buscando argumentos para insistir en la vía que empezaron hace siete años). Lo de Ada Colau y los suyos llega a un nivel que ni siquiera alcanza (y es de destacar) su aliado Pablo Iglesias, que, aunque sigue diciendo un 99% de lugares comunes que no llevan a ningún sitio ni tienen en cuenta lo ocurrido ni las responsabilidades de cada cuál en ello, al menos afirma acatar la sentencia, algo que tal vez no signifique nada más que **una frase para poder volver a pleitear por acceder a un posible futuro gobierno** de España.

Y eso es lo preocupante en el caso de la opinión emitida por el condenado Junqueras: “venganza, no justicia”. Una opinión que casa muy mal con lo que se viene diciendo desde hace unos meses sobre su evolución personal (y, parece ser, la de su partido) sobre el “procés” y, en especial, sobre el futuro del mismo. Porque **si ahora se dice que hay que dar prioridad a la suma de más adeptos a la independencia será porque antes no había mayoría suficiente para ella ¿no?** Y si no había mayoría suficiente será que la

proclamación (que él instó a hacer al entonces presidente Puigdemont, en contra del acuerdo alcanzado con el presidente vasco para cambiar el rumbo hacia nuevas elecciones) no tenía la suficiente legitimidad ¿no? Y en ese caso ¿lo que se había dicho y hecho antes, las promesas que se habían hecho a los ciudadanos independentistas y todo el conflicto social generado (y no solo no concluido, sino acentuado de nuevo con sus verborreas) **no tienen que tener algún precio que pagar**? En segundo lugar, es preocupante esa respuesta porque cierra, en mi opinión, la posibilidad de acuerdo futuro con los que defienden la vía del diálogo en el conflicto, que a mí me parece cada vez menos practicable, algo que parece que empieza a ser asumido ya por el presidente del gobierno de España, Pedro Sánchez.

Hay una tercera preocupación, pero, en este caso, menor, y se encuentra en las antípodas de estas posiciones: la insatisfacción de muchos ciudadanos españoles con las condenas por considerarlas bajas y, sobre todo, la posibilidad de que se produzcan situaciones penitenciarias laxas (tercer grado y similares) en un corto plazo de tiempo, lo que puede alimentar el voto a Vox y dar cancha al **nacionalismo español, tan irracional como el catalán y cualquier otro a estos efectos**. El volumen de esa insatisfacción se verá, imagino, en las próximas elecciones, pero no cabe descartar que se amplíe en el futuro, porque esas medidas penitenciarias laxas no pueden llegar en tan corto tiempo y será más tarde cuando se hagan realidad.

Está claro que las acciones de estos primeros días de los frustrados independentistas catalanes están teniendo mucha repercusión mediática, pero está por ver que tengan influencia de otra manera. Es bueno, por un lado, que la frustración se saque del cuerpo de alguna forma, porque, en caso contrario, puede tener importantes efectos en la salud personal, pero dependerá de la actitud de los dirigentes políticos que se vaya encauzando por vías menos perniciosas. La verdad es que, ahora mismo, esta no parece una vía que dé mucho rendimiento, pero no voy a ser tan pesimista pensando que no va a dar ninguno.

Nada bueno cabe esperar de la actitud que mantengan los Torra, Puigdemont, cuperos y grupos similares del independentismo y con éstos lo único que podemos hacer es ver qué resultados sacan el 10 de noviembre y comprobar su capacidad de movilización y de seguir causando problemas a su propia ciudadanía. Pero sí hay que estar muy atentos, creo, a lo que puedan hacer ERC, Omnium Cultural y esos sectores del independentismo que se dicen de la izquierda catalana que han dado pábulo a esa idea de que ya no están por la unilateralidad y sí por la acumulación de fuerzas. Creo que van a tener muchos problemas para recoger votos del campo de la frustración y no cabe descartar que vuelva a ocurrir lo mismo que en las anteriores elecciones autonómicas, que ERC se quede con la miel del triunfo en Cataluña en los labios, porque **para los frustrados es más lógico estar con los radicales que con los moderados (¿)**. Y no puede descartarse una alimentación de los grupúsculos violentos, que tal vez solo sean el 0,01% de los independentistas, como dice Xavier Vidal-Folch, pero ese porcentaje (en mi opinión, un poco bajo para lo que se

está viendo estos días) supone una cifra, varios centenares como poco, de iluminados capaces de actuar contra todos porque ellos tienen la razón.

Algo similar cabe decir de lo que ocurra con el espacio de Cataluña En Común, del que, imagino, seguirán huyendo los escasos ciudadanos no independentistas que queden y, tal vez, atraiga a algunos independentistas que empiecen a reconocer que la vía actual es impracticable... trabajando por acentuar en ese partido su cercanía a las posiciones de ERC (es decir, entrando en la dinámica de la “acumulación de fuerzas”). Y a ver por dónde sale el nuevo Más País de Errejón y si contribuye a la confusión o a su aclaración, aunque lo dudo. El reparto de votos en este magma también dirá algo sobre el futuro de Cataluña en los próximos meses, y aquí me temo lo peor, no porque los independentistas sigan creciendo mucho sino porque parece demostrarse con toda esta cuestión que **la estupidez de la izquierda catalana está siendo mucho mayor que la de la española** y solo contribuye a engordar lo que dice rechazar, el independentismo. Es decir, no descarto una decantación de este espacio hacia el independentismo, al que, pienso, solo Errejón no se sumará.

El espacio socialista en Cataluña, disminuido, pero en alza, parece haberse asentado un tanto y parece más claro su alineamiento con el del conjunto de España, que le resulta rentable en términos de clásica dicotomía izquierda/derecha para rescatar los muchos apoyos que se le fueron a Ciudadanos. Pero, lo más importante es **si termina** con su rechazo frontal (en línea con el complejo de la izquierda española a sentirse como tal) a adoptar posiciones en el centro del escenario político y **con su búsqueda enfermiza de cercanía con el catalanismo político**, sin discernir claramente entre el terruño y el bien mayor de un país con objetivos comunes, algo que en otros territorios españoles tenemos más claro, pero sobre todo, **es lo que hacen mejor en cualquier país europeo y del mundo desarrollado**: no tienen complejo de llamarse franceses, alemanes u holandeses, pero tampoco lo convierten necesariamente en un nacionalismo identitario, por mucho que el chovinismo francés nos resulte tan cargante a muchos.

Me sigue preocupando el comportamiento del espacio de centro y de derecha de España. Dejando aparte a Vox, que puede ser la otra cara del nacionalismo identitario catalán y del cual lo único que cabe esperar es que acentúe su búsqueda del enfrentamiento como vía de conseguir votos entre los que menos sepan controlar su sensibilidad ante las provocaciones de los independentistas, hay que ver cómo afronta el PP su reconversión tras el mal resultado conseguido con su exhibición de aznarismo o nacionalismo sin complejos en el ciclo electoral de primavera-verano. Estos últimos tiempos **se ve en él algo más de pragmatismo rajoyano** que, seguramente, le rentará para seguir por encima de Ciudadanos y con más diferencia. En Ciudadanos, Albert Rivera se juega mucho con el tímido cambio iniciado hace muy poco, pero me parece que llega tarde y, sobre todo, a él no parece sentarle bien, porque no se le ve tan suelto como estaba en la posición dura antiPSOE anterior y, sobre todo, en los años 2016/2017, cuando jugaba en el centro e incluso, afirmando su oposición frontal al nacionalismo catalán, **respondía a sus**

ataques de una forma más inteligente y, sobre todo, procurando mantener los lazos que permitieran a los partidos claramente constitucionalistas hacer frente al desafío independentista con más garantías para el conjunto de la ciudadanía española.

En último lugar, el gobierno de España. En los dos últimos meses estamos asistiendo a un cambio en la actitud hacia el nacionalismo catalán que es muy de agradecer pero que no se sabe muy bien **si es consistente y no una mera táctica electoral y, sobre todo, si va a tener continuidad**, dadas las veleidades del presidente Sánchez (pienso que sí porque la propia actitud de los independentistas no va a posibilitar otra cosa). Tras la comprensión de que Podemos no es de fiar alcanzada con el intento de negociación para la investidura (bastante tardía, por cierto), ha llegado un endurecimiento para con las salidas de tono de los nacionalistas (en especial, del presidente Torra) que le ha ganado la eliminación del veto de Ciudadanos y una actitud más comprensiva del PP; debe ser así, tal y como este partido consiguió comprensión sin fisuras (para este tema) del PSOE en septiembre/octubre de 2017 y pocos meses más. Pero **debe traducir ese endurecimiento en actos que sirvan para devolver el Estado a Cataluña**, algo fundamental para el futuro. No puede ser que se sigan ignorando decisiones jurídicas como la obligación de impartir clases en español o el uso de la bandera nacional y otros símbolos (la figura real) en instituciones públicas por todos los que quieran hacerlo, que atenten contra la integridad de ciudadanos y entidades que se sienten españolas sin que haya investigación policial sobre sus autores, que se imponga el uso y el abuso de la calle y del espacio público... Estas y otras actuaciones similares no van a poder implantarse de un día para otro, pero **debe tomarse la decisión de ir haciéndolo poco a poco**, como forma de dar seguridad y tranquilidad a la ciudadanía normal y no politizada (fanatizada) y devolver la actividad general de Cataluña a vías más racionales. Para ello, por supuesto, se agradecería el posicionamiento más claro de instituciones como el empresariado y ciertos colegios profesionales, convertidos en reductos de agitación del independentismo en bastantes casos. Por cierto que he leído en algún sitio que la presidenta de uno de éstos, el de Abogados, es posible ministra de Justicia si el PSOE consigue formar gobierno; en la información que vi se afirma su convicción contra la independencia, pero no lo parecería, a tenor de algunos pronunciamientos que en el pasado ha tenido su junta directiva, en la que los independentistas tienen amplia representación. Veremos.

Para mí, son tiempos en los que la inteligencia, la mesura y la frialdad en el comportamiento es fundamental para **ser, al mismo tiempo, firmes ante la deriva catalana y, por otro, no azuzarles y darles motivo que les aliente en sus alucinaciones de ruptura**. No se olvide que en esa deriva no puede descartarse una elevación de la conflictividad tanto derivada de las manifestaciones de los radicales (no sé si más antisistemas que independentistas o al revés) como de la disputa entre sus facciones, ni tampoco una desautorización del partido que llame a la moderación, porque la gente frustrada se resiste

a ver a sus dirigentes como los provocadores que no han sabido darles una salida que tan fácilmente le pusieron en las manos con anterioridad.

Y un apunte final: visto lo que está pasando con la respuesta a la sentencia ¿qué dirá esa numerosa tropa de izquierdistas (en muchos casos, de salón) españoles que se han manifestado tantas veces y han llorado tanto por **un gobierno en España “de progreso”**, por el acuerdo PSOE – Podemos para frenar a la “triple derecha”? ¿Seguirán pensando lo mismo el pobre de Sacristán y tantos otros leyendo las acusaciones de Colau o Junqueras al Tribunal Supremo (“no es sentencia, es venganza”) y la comprensión de Iglesias con los condenados? ¿Seguirán creyendo que los radicalizados “cuperos” y CDRs admitirán una casi imposible “vuelta al diálogo” dentro de la legalidad? La verdad es que **llevan mucho tiempo sin querer ver la realidad de lo que ocurre en Cataluña** como para que alguna vez se rebajaran a reconocer que han estado en la inopia. La mentalidad humana es así, qué se le va a hacer.

MARTÍN RÍSQUEZ